

Acaban de transcurrir diez años desde el fallecimiento de Rubén Darío, el poeta máximo del habla castellana en las postrimerías del siglo XIX, y comienzos del XX. Sin que esté olvidado, lo que sería una imperdonable injusticia, al constatar la orientación actual de los poetas de España y América es de preguntarse si Darío desapareció hace diez o hace cien años!... Ciertamente es que desde bastante antes de su muerte no producía nada digno de la inmortalidad, agotado ya por una vida sin brújula que necesariamente debía obscurecer prematuramente su cerebro y derrotar su físico. Nunca se borrará de mi memoria la penosa impresión que nos causó cuando su última gira por estas tierras, en viaje de propaganda para «Mundial», llevado y traído por comerciantes poco escrupulosos como un verdadero mono de feria. Aquel no era Darío sino su sombra, y si recibió el homenaje de públicos respetuosos fué por lo que había sido, no por lo que era. Pero su acción renovadora, rejuvenecedora mejor dicho, fué tan grande, su influencia durante treinta años tan profunda e incontestable, que cuesta convenirse de que no tenga ya discípulos y de que los jóvenes liróteros busquen otras rutas que las por él abiertas para encauzar su inspiración. Seríamos injustos si no lo recordáramos ahora, con todo cariño y admiración, apesar de que su poesía suena en nuestros oídos como el eco de una música extinta, como el dulce perfume de viejas aromas que fueron. No creemos traicionarnos al elogiar a los grandes espíritus que en su tiempo ocuparon los puestos de vanguardia, los más penosos y arriesgados, víctimas de la eterna e irredimible ceguera de los beocios, prolífica raza que no desaparecerá jamás...

El mayor mérito de la poesía personalísima de Rubén Darío, estuvo no en el contenido anímico de que estaba repleta, sino en su victoriosa ofensiva contra el pasadismo quietista, verdadero pozo negro en que yacía la poesía castellana en aquella época. Sin exagerar nada se podría dividir la poesía española e hispano americana del siglo pasado y del presente en dos ciclos perfectamente diversos: el ante-rubeniano y el post-rubeniano. El gran nicaragüense fué la tempestad que abatió viejos ídolos carcomidos y decorrió bruscamemente el velo que ocultaba insospechados paraísos. El verso castellano adquirió con él una ductilidad, una elegancia, una musicalidad absolutamente desconocidas hasta entonces; multiplicó los ritmos e hizo correr a través de las estrofas de ligera arquitectura una gracia tan joven y sonriente que pareció que un mundo nuevo nacía con ella. Palabras y giros insospechados le sirvieron para pentagramizar encantadoras melodías que escandalizaron desde el primer momento a los adormecidos en el frío hostezo de los cenáculos clásicos y a los hipnotizados en las estruendosas polifonías románticas. En fuentes de Francia bebió su agua milagrosa, pero no fué, fundamentalmente, un discípulo ni un continuador de los cenáculos que por aquel entonces imponían en ambas orillas del Sena sus armoniosos evangelios. Ni parnasiano, ni decadente, ni simbolista, pero

con algo de todo eso en brillante y única amalgama, hay en su obra fragancias de jardines versallescos, alucinaciones helénicas y cálidos besos de indiscutible modernidad. Nada quizá menos americano y menos español que este placido mestizo de blandas manos abaciales y lánguidos ojos de sátiro. Su alma era de complicación y de heterogeneidad, transmigrada a través de la atmósfera de los siglos de algún gozoso y sibarita epicúreo, gustador de la buena vida en amable compañía. Su voz, horrorizada de las estreptosas fanfarrias, amó el semitono y la penumbra como esos pintores del diez y ocho que jamás emplearon un color puro dando a sus telas un prestigio que el lento suceder de los días ha intensificado. Fué un profesor de buen gusto, un profesor de cultura en nuestra América de entonces, bravia, caótica y sin personalidad, en que los poetas sollozaban todavía las mismas quejas de Bécquer o repetían los yambos victorlanguescos, sometidos al cepe de las academias, encerrados en inflexibles murallas retóricas que vedaban todo vuelo mutilando la gloriosa rebelión de las alas.

Contra increíbles resistencias y montañas de malas voluntades triunfó Darío bien pronto, sin necesidad de teorizar demasiado, con solo la magia de su verso, domador de fieras. Euredor de sus primeras prosas y de sus primeros versos se levantaron densas polvaredas de batallas en que siempre triunfaron sus jóvenes legiones. Con la velocidad de la piedra que escapa de la honda rebasó todos los obstáculos y pudo ver al fin a su poesía definitivamente vencedora apuntar hacia todos los horizontes abiertos y libres. Su nombre ensalzado universalmente alcanzó el homenaje que solo se rinde a los genios, a los apóstoles y a los santos.

En la historia de la poesía de nuestra lengua Rubén Darío es la Libertad. Aún cuando las actuales tendencias literarias no se inspiran en sus ideales, fué necesario Él para llegar a lo que existe hoy, pues Él abrió el camino, abatió irreductibles prejuicios. Libró durísimos combates. Después de Darío la columna no tuvo más que dejarse ir, cada vez más allá, en la obstinada creación de un Arte nuevo. Sus audacias engendraron nuevas audacias, su ejemplo dió aliento a los tímidos, fortaleza a los débiles. Así se ha podido llegar al actual momento que si es caótico e incomprensible para muchos, es para mí magnífico y promisor. Lo malo está en que repitiendo la misma actitud que con Él asumieron los quietistas de su época, hay quien lo proclama todavía como único Maestro y no sabe marchar sino tras sus huellas, empeñándose en la estéril empresa de detener al tiempo. Él, con su despierta clarividencia, mucho antes de ser viejo y de estar agotado decía melancólicamente: «ya vamos siendo clásicos», queriendo expresar que ante el empuje de las nuevas generaciones iba quedando atrás. ¿Que no podríamos decir ahora, a diez años de su muerte y a tanta distancia de su poesía? En la sustancia y en la forma nuestros poetas son muy otra cosa que lo que fué Darío, y a él que no existe manera más eficaz de honrar la memoria y de cumplir con las

enseñanzas de aquel cuya obra fué una protesta viva contra el pasado, que esa rebeldía vigilante y fecunda contra todo lo que tiene el sello de extinto y de caduco y que abre ante los ágiles pies

la promesa maravillosa de nuevas y desconocidas rutas de ensueño!

ALBERTO LASPLACES.